



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATIRICO.

DIJANTE CARICATURISTA:
Victor P. de Landaluz (D. Junipero).

Año III. PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana, Diciemb. 31 de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 61.

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Tiempo futuro, por Juan Perez.—Género Bufo, por Juan de Austria.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por *Jhon Bull*.—Dos palabras, por Juan Centellas.—¡Que te vaya en pompal (poesía), por Juan de las Viñas.—El petróleo, por Juan Cualquiera.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Punto.... y aparte.
Caricaturas, por Don Junipero.

MENESTRA SEMANAL.

Reunámonos á las doce de la noche del 31 de Diciembre todos los que habitamos en este rincón del Universo que se llama, de nombre *globo*, de apellido *terráqueo* y de apodo *valle de lágrimas*: reunámonos.... ¿en dónde diré yo? en un sitio espacioso; en un palco del teatro de Albisu, por ejemplo; reunámonos todos los mortales, acompañados de nuestros papás ó tutores correspondientes, para que los que nos miren no tengan nada que decir, y aguardemos á que suene la última campanada de las doce, con objeto de dar su merecido al año que en aquel momento se hunde en el abismo, más serio que un carnero degollado.—El serio es el año, no el abismo, que siempre tiene la boca abierta como riéndose de los que no lo ven.

No se ha establecido aún la costumbre de aplaudir ó silbar al año que sale, según los méritos que haya contraído: ¿y por qué tamaña injusticia?

¿No se aplaude frenéticamente al niño Bobby, cuando desciende, en el *vuelo de las nubes*?

¿No se silba, ó mejor dicho, no se debería silbar á los negros Minstrels cuando hacen tantas majaderías?

¿Pues por qué hemos de negar al año, que ha estado 365 días en escena, el premio ó el castigo de su conducta?

Como caídos de las nubes llegan los años, ni más ni menos que el niño Bobby, y al sonar la última hora del 31 de Diciembre, la eternidad los recibe en sus brazos, lo mismito que Hanlon á aquel: ¿dónde se esconde el público en ese momento que no aplaude ó silba?

Nada; reunámonos, como he dicho ántes, todos los que el día de San Silvestre nos hallemos vivos y efectivos dentro del propio pellejo, y mantengámonos en pié para presenciar el fin del espectáculo: es decir, ese instante en que dice: “¡agur!” el año que se vá, y “¡salud, caballeros!” el año que viene.

Y entónces aplaudamos ó silbemos; á gusto del consumidor.

Lo estoy viendo; se presentarán opiniones muy encontradas.

Aplaudirán los que ven cargar sobre sus hombros un año más al viejo y achacoso tío á quien piensan heredar.

La tierna niña que espera ponerse vestido largo dentro de pocos meses.

D. Cirilo Villaverde, porque añade un año más á sus servicios en el martirologio matrimonial.

Los laborantes de todos tamaños, porque el año nuevo les ha de traer otro día de Santa Bárbara, es decir, otro mensaje al Congreso de los Estados Unidos, y.... ¿quién sabe si los nombrará el Presidente? ya vé usted qué gozo!

Los mambises en servicio, porque se verán vivos y les parecerá mentira.

Los mambises muertos, porque ya han descansado y han salido del poder de Carlos Manuel de Céspedes.

Y silbará furiosamente el sentido común, que es el más agraviado que deja en el mundo el año del petróleo, de las predicciones *libre-matrimoniales* de la ciudadana Guillermina Rojas, de las huelgas de los enterradores y de las cartas á Nocedal del rey Pipino, vulgo Carlos VII.

Dios le perdone al año 1871 las majaderías que ha patrocinado!

La del humo, compadre, la del humo!

Y una de las majaderías de que podemos acusar al año que hoy *espicha*, es la de marcharse de este mundo dejando á ciertos laborantes con la pluma en la mano. ¿Por qué no se la arrancó? De todos modos, no deja de haber quien los *desplume*.

Cuidado que no hago esta observación en beneficio mio: la hago por favorecer á los mismos que manejan la pluma en cuestión, pues si no la tuvieran, no incurrirían en las constantes contradicciones que dejan percibir.

Hoy cuentan los emigrados con dos periódicos, *La Revolucion* y *El Pueblo*: el primero baila de contento con el mensaje del Presidente de los Estados Unidos, y cree que vá á ser la *Revalenta Árabe* que cure todos los males.

No más calvos; no más dolores de parto; no más reuma, viene á decir para el dichoso periódico el discurso de don Ulises: ni más ni menos lo que dicen los anuncios de los charlatanes curanderos.

“La cuestión de Cuba, exclama alborozado, toma una nueva faz.”—¿Para qué? para ir de máscara?

El Pueblo, por el contrario, todo lo vé con más negros colores: todo lo mira á través de un bolsillo vacío, de un estómago con hambre, de una cuenta sin pagar, y dice compungido:

“Es bien fácil perder las ilusiones, si todavía estamos creyendo que este pueblo y este gobierno quieren de buena fé la independencia de la isla de Cuba.”

Los dos periódicos pertenecen á un mismo bando, los dos defienden las mismas ideas, los dos son pequeños, los dos dejan de pagar la impresión, los dos son tontos, y sin embargo, vea usted qué ma-

nera tan distinta tienen de apreciar un mismo asunto!

¿Cuál de ellos tendrá razón?

¡Razon! Esa señora viaja de incógnito entre los simpatizadores, y no consiguen verla ni por el forro.

El pueblo que haya nombrado al general Banks su representante en el Congreso americano, debe estar satisfecho de la elección.

¿Qué interés se toma por su distrito! Para que lo comprendan, les diré á ustedes que no habla más que para ocuparse de las cosas de Cuba.

Y es, sin duda, porque en su país no hay nada que hacer, ni nada en qué pensar. ¡Dichosa nación!

Está claro! los inauditos robos oficiales descubiertos en Nueva-York, el brazo de hierro que pesa sobre los pueblos del Sur, la amnistía, que nunca acaba de llegar, en favor de aquellos Estados, son cosas que no está bien tratarlas en el Congreso americano, por el qué dirán. Esos asuntos, para hacerlo á derechas, debe ventilarlos el parlamento de Suecia.

Eso es; tiene forzosamente el parlamento sueco que hacerse yankee, ya que el yankee se hace el sueco.

El general Banks pide al gobierno nada menos que una copia de las instrucciones que ha dado á los buques de guerra para proteger á los ciudadanos americanos.

¡Ya, ya serán buenas esas instrucciones! Yo, por mi parte, hubiera mandado que fondease un monitor en el lebrillo de fregar los platos en cada casa donde resida un súbdito de la gran república. Porque, desengañémonos, corren peligro; si señor, peligro muy gordo.

Este mundo es muy malo, y aunque se han hecho gestiones, no ha sido posible encontrar otro mejor en ninguna tienda de quincalla.

Si señor; existen mil riesgos para esos incautos, dulces y tiernos americanitos, porque hay mucha gente con el alma atravesada.

Yo vivo escamado, y eso que no soy yankee.

Anoche tropecé con un bízco en la calle de San Rafael.

Me infundió sospechas. ¡Claro; con aquellos ojos!

—Usted es un traidor de nacimiento, le dije.

—Nó señor, soy sastre.

—¿Cómo sastre! Y para ser sastre necesita usted llevar los ojos de esa manera?

Estuve por cogerlo y presentárselo atado codo con codo al Terror, para que lo devorase.

El día de los Inocentes han abundado las inocentadas.

Recuerdo ahora una, que voy á referir.

Estaba furioso un individuo porque no le había tocado la lotería en el último sorteo.

Tenia delante la lista y en la mano el billete.
—Vea usted, decía, ¡por un número! si este 3 fuera 4, mi suerte estaba hecha.

—Hombre, y quién le ha dicho á usted que no pueda estar equivocada la lista? le objetó uno.

—O tal vez estará equivocado el billete, exclamó un tercero; ¿quién responde de que en la imprenta, por poner en el billete el número que hay en la lista, no han puesto otro por error? Yo, de usted, me presentaba en la administración á enterarme bien.

Y puede que el interesado lo haga.

Sí señor, es fácil que vaya.

Yo lo creo todo posible menos que el hijo del emperador de Marruecos deje un sólo rebelde vivo, en cuanto le den ese azúcar y esos reales que ha pedido á última hora con mucha urgencia.

JUAN PALOMO.

TIEMPO FUTURO.

No tenemos ojos más que para mirar lo que no podemos ver. Pensando en el porvenir, viviendo en el mañana, la generalidad de los hombres desatiende las necesidades y obligaciones del presente para soñar con las satisfacciones futuras, haciendo ideales excursiones por los famosísimos cerros de Ubeda, llevando de lazarillo á la Esperanza, que tan malas partidas tiene.

Por bueno que sea el día de hoy, es seguro que el de mañana será mucho mejor,—según la universal creencia; sólo puede compararse á este *el día menos pensado*, que le viene de molde á todo el mundo para echar cuentas galanas, olvidándose á menudo de contar con la huésped.

Puede decirse que en esos dos días están compendiadas las aspiraciones humanas, que absorben la voluntad de todos, esclavizan lo al pensamiento; en ellos se fija el general deseo, prometiéndose las felices, ya por medio del premio gordo ó por la muerte de un pariente rico, tacaño é indigesto. Pero entre *el día de mañana* y *el día menos pensado* existe una notable diferencia; el primero llega puntualmente cada vez que sale el sol, perdiendo las caras galas con que lo adornó la ilusión al convertirse de soñada ventura en triste realidad, porque es lo cierto que el día de hoy no satisface á nadie; el segundo no llega nunca: es el plazo prorogable hasta hacerse indefinido que la esperanza otorga constantemente al deseo; plazo jamás cumplido, pero eternamente seductor.

A falta de otro tema mejor, me servirá el *tiempo futuro* para cumplir hoy mi compromiso con JUAN PALOMO. De algo se ha de hablar, y como la política está de vacaciones en estos días de fiesta, la relego gustoso al olvido, dándole gracias á Dios por verme libre de ella en la presente semana.

Pues, como iba diciendo: Yo escribo este artículo para el día de mañana; por cierto que en cuanto lo termine no vuelvo á coger la pluma hasta el año que viene. El agonizante 1871 pone punto final á su existencia al mismo tiempo que yo á mi trabajo; él vá á hundirse en el abismo del pasado; yo me quedo tan campante, fijo en el presente, dispuesto á ofrecerle mis servicios á su sucesor, que en pago de ellos me dará de comer, como no se le antoje darme también unas tercianas. El día de mañana, por el que suspiraba ayer, ha llegado hoy; es como todos, rutinario y olvidadizo. Yo, que tanto bueno esperaba de él, me he quedado á la luna de Valencia, porque ni un par de miserables pesetas me ha traído, complaciendo la más barata de mis ilusiones.

Reniego de un presente tan mezquino, y quiero pensar en un futuro magnífico y espléndido, que nunca me niega materiales para levantar en mi imaginación soberbios castillos aéreos.

“Vivir por el mañana” es una frase bonita, sentenciosa, espiritual y de uso corriente, siempre que se pretende sacar á plaza las excelencias de la vida eterna comparándolas con las miserias de la terrenal. Pero lo que hay de particular en el asunto es que nadie piensa en la vida de mañana sin haber antes satisfecho las exigencias de la de hoy en lo que le es supérfluo, que tan bien le sienta. Si quieren ustedes que un individuo piense media hora con formalidad en vivir por el mañana, déle hoy sus tres comidas con precisión y aseo, unos botitos que estrenar y cuatro duros para ir al café y á derretirse de gusto contemplando las pintorescas pasiones del *can-can*. Entonces, con el ánimo contris-

tado por el hastío de la satisfacción, ese mortal nos encomiará entre bostezos las bienaventuranzas de la vida futura.

“Vivir por el mañana” es la consoladora idea que hace menos duro y más alimenticio el mendrugo del pobre escritor, tratado por su época con notoria injusticia; él aspira intrépido al galardón que la posteridad otorga al genio que muere á manos de un riguroso ayuno; sabe que al templo de la Fama se llega por el camino del hambre, en el que dejarán huella de sus pasos Cervantes, el Tasso y Milton, y apechuga entusiasmado con la abstinencia del presente, pensando en un porvenir de gloria que nutrirá aquellos de sus huesos que fueron respetados por los gusanos. Halagado por esta dulce perspectiva, escribe artículos que nadie lee, libros que nadie compra, versos que pasan desapercibidos, cuando no son calumniados, todo por conquistar un nombre ilustre que le venga como la cebada al rabo del asno muerto.

Bueno. Pero figurémonos que por un chiripazo, el famélico vate atrapa la dirección de un periódico político, destino dotado con una subvención respetable y unas tijeras nuevas. La cosa es ya distinta en la forma y en el fondo: antes trabajaba y se moría de hambre; ahora huelga, pero come, y no como quiera, sino á dos carrillos; agréguese á esto una crucecita, algún título honorífico que corone tanta suficiencia, y ya tenemos á Periquito hecho fraile. Pues bien, á pesar de ese montón de satisfacciones, todavía él piensa en vivir por el mañana, precisamente cuando nada hace que el día de mañana le pueda agradecer.

¿Quieren ustedes saber lo que para la humanidad representa *el día menos pensado*? Pues á decir lo voy en prosa rimada, para variar de forma al cambiar de asunto; así este artículo será una elucubración híbrida de las de mírame y no me toques.

Diputado es don Manuel,
que forma en la oposición,
y habla en pró de la nación,
pero en provecho de él.

Nunca del gobierno al lado,
siempre del gobierno enfrente,
sueña con ser presidente
el día menos pensado.

Lucha con tal ardimiento,
que al fin vence; pero el rey
lo parte con una ley
que disuelve el Parlamento.

Tiene María un amante,
al que ama con fe sincera,
y espera, aunque en valde espera,
el matrimonial instante.

Con rostro ruborizado
dice á su novio María:
—¿Cuándo es... el lance?—Hija mía,
el día menos pensado.

Así el novio badulaque
su expediente abierto deja,
y ella al fin se pone vieja
consultando el almaque.

Piensa la ambición extraña,
(á hablar claro no me atrevo)
soplarse, cual fresco huevo,
á Cuba, tierra de España.

Mira en Cuba un nuevo Estado
que agregar á su bandera,
y que será suya espera
el día menos pensado.

Al saberse esto en la Habana,
ha jurado el pueblo ibero
trasquilar al extranjero
que á Cuba venga por lana.

Juan trabaja de peon
de albañil, con noble afán;
pero ha de ser rico Juan,
se lo dice el corazón.

Y exclama:—Estoy fastidiado;
mas teudré, por dicha mía,
un golpe de lotería
el día menos pensado.

Y Juan un golpe llevó
que curó su acerba pena;
le cayó encima una almena,
quiere decir, lo aplastó.

Sienta plaza Antonio Gil,
que el servicio le fascina;
soporta la disciplina,
empaña ufano el fusil;

y alegre el pobre soldado
escribe á un amigo fiel:
—“Chico, seré coronel
el día menos pensado.”

Su ilusión le brinda un mundo,
quiere ascender sin amañes,
y al cumplir los ocho años
le nombran.... cabo segundo.

Cuenta el laborante gremio
que aquí se muere de susto,
salirse al fin con su gusto
de sus trabajos en premio.

Temeroso y escamado,
su mala intención demuestra,
murmurando:—Cuba es nuestra
el día menos pensado.

Mas responde el noble bando
de los que luchan constantes:
—Aquí está Cuba, tunantes,
pero para ustedes.... ¿cuándo?

JUAN PEREZ.

GÉNERO BUFO.

Las cosas de la emigración insurrecta no han de ser todas dramáticas y sentimentales; necesitan su parte bufa, para que los espectadores no se liquiden de tanto llorar; y los refugiados en Cayo-Hueso son los que corren con la sección grotesca del espectáculo.

Gran número de los emigrados en Nueva York son tontos de capirote, mas *por lo fino*: los de Cayo-Hueso lo son tanto como aquellos, pero del género *basto*; de á real la vara.

Por eso son los encargados de desempeñar las payasadas.

Atencion.—Del seno de la junta, agencia, bati-burrillo ó lo que sea, salió un individuo con dirección á Cayo-Hueso y sin otra misión que sacar algunos reales á los incautos. ¡Qué otra cosa tienen que hacer los comisionados de don Pancho!

Llegó, y la primera persona con quien tropezó en la calle fué el *ciudadano* Reyes, que todavía conserva marcados en la cara cinco dedos como cinco soles.

Se miraron y se pusieron á temblar; Reyes pensó que Izaguirre iba á pedirle dinero; Izaguirre pensó lo mismo de Reyes. Se quedaron mudos y fríos como el mármol....—Nó; como el mármol nó, porque es muy lujosa la comparación tratándose de la gente *basta* del laborantismo.—Se quedaron fríos como borrico que acaba de recibir la fatal noticia de que tiene que dar vueltas en la noria.—Esta comparación es más propia.

Maquinalmente echó mano cada uno al bolsillo de su compañero y hubo exhibición de fondos. Tres reales fuertes reunían entre los dos.

Se conmovieron á la vista de aquellos *caudales*, y exclamaron á duo, llenos de alborozo:—¡Cuba se salva!

Ya lo creo! con tres reales fuertes sobra para redimir una patria *digna* de los emigrados de Cayo-Hueso.

Además, eran reales *fuertes*, única cosa fuerte con que cuentan los libertadores, pues lo que es los hombres, se caen de flojos.

De los tres reales en cuestión, dos pertenecían á Izaguirre, uno á Reyes. Este, con la alegría de ver á su compatriota, se guardó los dos y dejó que el otro se metiera en el bolsillo el uno. ¡Todo por la patria!

Aún hizo más el *prudente* receptor de bofetadas; reunió la sociedad juvenil en gran *meeting* para presentarle al delegado de la Agencia, y un viénes, ¡día fatal! en el *elegante* salón de la sociedad de San Carlos se presentaron en correcta formación ciento cuarenta y siete niños, cuya edad varía, según dice *El Republicano*, entre los cuatro y los diez y seis años. ¡Oh! magnífico plantel de patriotas! ¡Interesante colección de mambises de nido!

El ciudadano Izaguirre tomó la palabra, por tomar algo, y “en un patriótico discurso (copio textualmente) exhortó á los niños á continuar con el mismo entusiasmo que han manifestado hasta el presente.”

¡Momentos de sensación general! Por fortuna, las niñas de aquellos *entusiastas* patriotas iban prevenidas para todas las contingencias á que puede dar ocasión el afán de los chicos por comer cosas indigestas, y no padeció el olfato todo lo que podía haber padecido.

Un esforzado é incorruptible campeón de cuatro años de edad pidió la palabra.—Una negra, que le acompañaba, le limpió con un papel de estroza

las nariotas, que con la emoción y el aire fresco se le habían puesto pringosas, y el infantil orador empezó su discurso:

—Mamita dise, que me dará un medio cando yo sea persona gande: yo compadé juguete y mucha cosita.... y compadé maloja y convidaré á todos vosoltros....

¡Bravo! ¡magnífico! ¡bien! Estos son los hijos que dan las naciones fuertes y echadas para adelante! ¿Cómo es posible que España continúe dominando en Cuba, cuando ya nacen los muchachos con esas simpatías por la santa causa y con una banderita insurrecta, bordada por la Villaverde, en el cordon del extremo umbilical?

Imposible! Somos unos ilusos!

—¡Hiiiiiiii!...! yo tengo huelhuensa! gritaba otro héroe, en el período de desarrollo.

El ciudadano Izaguirre continuó perorando y acabó su discurso diciendo (copio al pie de la letra) "que entre las muchas y hermosas páginas que en el libro de oro de la historia de la emigración que ocupará Cayo-Hueso, tendrá lugar preferente la que relate la creación de la Asociación juvenil."

Un ciudadano, no á medio formar, sino hecho y derecho, pidió con insistencia que le trajesen el libro de oro para hojearlo.

—Hace cuatro días que no fumo, decía, y necesito una página de ese libro.

Habló Reyes, y al fin y al cabo dijo: (copio con rigurosa exactitud) —"En mi persona veis el ejemplo de que los hijos de Cuba odian á los españoles: hijo de un español de los de más concepto y talento, educado por preceptores españoles, no respirando en mis años juveniles otra atmósfera que la del más puro españolismo, oyendo á cada paso á mi padre exclamar alborozado que estaba convencido de que sus hijos eran españoles por convicción; ya veis, queridos niños, lo que yo aprecio á España y á sus cosas."

Mientras el ciudadano Reyes hablaba de este modo, debería sentir fuego en la mejilla, porque hay bofetadas que tienen efectos permanentes.

Y porque su padre, desde el otro mundo, le debe estar enviando cada sopapo que tiemble el firmamento.

Los chicos entretanto se desgañaban llorando, y como la semilla arrojada por Reyes para que diese fruto, lo dió al fin, se armó lo que no es para contado, por aquello de que: *el que con niños se acuesta....* las costuras le hacen llagas.

Esto es lo que ha pasado en Cayo-Hueso, centro de todos los agitadores y de los conspiradores bufos.

La próxima función se anunciará por carteles. Convendrá advertir que bailará Reyes, si lo pide el público. Con que, señores, que baile.

JUAN DE AUSTRIA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XXXVIII.

La negra corrió al zaguán y abrió la puerta de la calle echando á correr, espantada, hacia el interior de la casa, al ver entrar cuatro hombres que llevaban en la mano derecha una pistola y en la izquierda una linterna sorda.

El jefe de policía hizo una seña por la reja del zaguán, y al divisar á don Ruperto Casamayor tendido en el suelo, penetró en la sala, preguntándole:

—¿Está muerto?

—No; se ha desmayado al convencerse de que estaba perdido. ¡Aquí tiene usted los valientes que hacen la guerra á la sombra!

El jefe dispuso que uno de sus agentes recogiera el puñal y se quedara custodiando á don Ruperto, y acompañado de los otros dos, recorrimos las habitaciones: sólo en la cocina encontramos la negra, en cuclillas junto al fogón, y temblando como una azogada; para evitar que saliera, la encerramos en la despensa y nos dirigimos después al despacho del dueño de la casa, con objeto de registrar sus papeles, que leímos con una minuciosidad inquisitorial.

Pero ¡madre! ¡Ni una huella del delito! ¡ni una palabra que pudiera comprometer al acusado de infidente en la carta de Palanquetilla! Por el contrario, había apuntes que parecían hábilmente preparados para servir de defensa en el caso en que se encontraba.

—Ya lo vé usted, me dijo el jefe; no hay rastro, y sentiría que diéramos un golpe en vago.

—Debe usted comprender, observé, que este hombre, como todos los enemigos de España, son astutos y viven muy prevenidos; cualquier documento de importancia lo harán desaparecer apenas pase por sus manos.

—Pero si él niega....

—El hablará; su desmayo acredita que tiene la conciencia sucia; en igual caso, yo hubiera levantado la frente muy alta, desafiando la acción de la justicia.

—Estoy á la disposición de usted por mandato superior, me dijo el jefe sonriéndose, y como nada encuentro en que apoyar la detención de ese individuo, espero órdenes....

—Ahí vá la que debe usted cumplir, le interrumpí, presentándole la orden de prisión firmada por el Comandante general.

—Esto es otra cosa; lo llevaremos á la cárcel.

—Estoy seguro de que él cantará, confesando su delito.

Al salir del despacho nos llamó la atención un silbido extraño que partía del fondo de la casa que daba al campo, como ya saben mis lectores. Nos quedamos inmóviles, escondiendo todos contra el cuerpo la luz de las linternas, y esperamos; un minuto después se oyó otro silbido igual, y entonces, andando de puntillas, nos dirigimos al corral, atravesando por la cocina. Allí nos pusimos en acecho, y no tardamos en sentir las pisadas de una caballería, sin herraduras, que detuvo su marcha á la puerta del corral.

El jefe y yo nos miramos, sin hablar, impulsados por una misma idea; descorrimos el cerrojo, colocándonos detrás de la puerta con las pistolas amartilladas.

—Buenas noches, *niño* Ruperto, dijo un negro que venía montado en una jaquita, apenas hubo penetrado en el corral.

El jefe de policía cerró entonces la puerta con violencia, y los agentes y yo pusimos las pistolas al pecho del negro, que se tiró del caballo, dando un grito feroz de espanto.

—¿Quién eres? le dije, clavándole la rodilla en el estómago.

—Soy el pobre negro Jesús, *niño*; no me mate su merced, que yo le diré todo.

—¡Hola! exclamó el jefe; parece que hemos llegado á tiempo y que este negrito tiene mucho que contar.

—Sí, *señó*, mucho! dijo el etiope muy asustado; pero no me maten, ¡por la virgen de la Caridad!

—No te harémos daño si respondes á nuestras preguntas.

—Sí, *señó*.

—¿De dónde vienes?

—Del campo.

—¡Ajá! ¡Hé aquí lo que buscábamos! Ven con nosotros.

—¿Adónde?

—A ese cuarto.

Llevamos al negro al despacho, donde el jefe de policía y yo nos encerramos con él, mandando que los agentes custodiaran la casa. El negro temblaba como un perlático, mirándonos sin cesar con ojos de mucho miedo.

—Tranquilízate, le dije, porque nada te harémos si cumples tu palabra de contárnoslo todo.

—¿Y mi amo Ruperto? preguntó el criado buscándolo.

—Está en la sala.

—Quiero verle.

—Luego te llevarémos allá. ¿Qué tienes que decirle?

—Voy á entregarle un papel.

—Dámelo.

—No; á él sólo.

—¡Nó! ¡á mí! le grité, enseñándole la boca de mi *revolver*.

El negro hizo una mueca muy fea, sacó del forro de su sombrero de yarey un papelito y se lo llevó á la boca para tragárselo; pero como estábamos prevenidos, nos arrojamos sobre él y conseguimos arrancarlo de entre su formidable *tem-ba*, que ya había hecho la presa, no sin romperle dos dientes con los mangos de las armas que teníamos en las manos. La fuerza del dolor le hizo doblar la cabeza sobre el pecho, dejando escapar estas dos palabras:

—¡Estamos perdidos!

—Tú nó, José.

—¿Yo nó, *niño*? preguntó el negro con una ansiedad muy marcada.

—Nó; pero es preciso que te prestes á todo; si callas, te fusilamos ahora mismo.

—¡Fusilar nó! Yo diré todo; todo!

Acerqué el papel al rayo de la linterna y leí en voz baja lo siguiente, escrito con lápiz:

"Estamos mal de recursos; mándanos sal y pólvora. Avísame si es verdad que se esperan tropas de la Habana. El Gobierno prepara el asalto á la ciudad para la semana próxima. Tu hermano Gonzalo murió ayer; era de esperar de su poco espíritu; mi Adelina está inconsolable, pero resignada á todo."

Por el carácter de letra y por lo que contenía el papel conocí que estaba escrito por Palanquetilla, y lo guardé como un tesoro puesto que era el cenipo del delito; la suerte nos favorecía, porque la aprehensión del negro nos abría camino para llegar al sitio en que se hallaba la familia Casamayor.

Acerquéme de nuevo al prisionero, y le dije:

—No olvides que tienes que confesar la verdad; este papel es prueba bastante para quitarte la vida.

—¡La verdad! ¡Sí, la verdad, *niño*!

—¿De dónde vienes?

—Del partido de Caunao.

—¿Se encuentra allí la familia de tu amo don Ruperto?

—Sí, *señó*.

—En qué punto?

—En el ingenio *Fortuna*.

—Segun dice el papel, ¿murió don Gonzalo?

—Sí; murió de tristeza.

—¿Y la niña Adelina?

—¡Pobrecita! exclamó el negro suspirando.

—¿Por qué la compadece?

—Porque llora mucho.

—¿Se casó con su primo Palanquetilla?

—Sí, *señó*. ¡Ese niño cojo es malo, muy malo!

—¿Y la tuerca?

—¡Ay! *Tama* está furiosa y paga palos.

—Y quién defiende el ingenio?

—Hay *soldaditos* de esos que llevan la *escarapela* azul en el sombrero.

—¿Hay muchos?

—Unos cincuenta.

—¿Tú sabrás el santo y seña de esa gente?

—Ya lo creo; si no lo supiera, al verme llegar me *afusilarían* con los machetes.

—¿Vienes á menudo á la ciudad?

—Me mandaban dos veces á la semana.

—¿Y qué llevabas allá?

—Muchas cosas que me entregaba el amo Ruperto; y siempre me daban allí y aquí papelitos como el que traje hoy.

—¿Sabes leer?

—Me lo estorban las letras.

—José, te regalo una onza de plomo si dices mentira; pero si dices verdad, te regalaré una onza de oro. Escoga.

—El oro tiene mejor color, *piño*.

—Pues adelante, y cuidado con rebelarte.

Llevamos al negro á la sala, donde estaba don Ruperto sentado en un sillón, más muerto que vivo, y teniendo delante el arma del agente, que le había ayudado á levantarse del suelo cuando vió que volvía en sí. Al entrar nosotros, hizo un pequeño movimiento con la cabeza, y no pudo contener un grito desgarrador, comprendiendo que la presencia del negro José en aquellos instantes era la prueba plena de su delito.

—¿Conoce usted á este individuo, señor don Ruperto? le preguntó el jefe de policía, poniéndole delante el negro.

—Mátame usted por piedad! exclamó el infeliz laborante, dirigiéndose á mí con las manos extendidas en actitud suplicante.

—Va nada puedo hacer en favor de usted, le dije algo afectado al comprender la terrible situación en que su infame conducta le había colocado.

—¡Por compasión! repitió.

—¿En dónde están aquellas protestas de españolismo? le pregunté.

Don Ruperto dobló de nuevo la cabeza, sin encontrar palabras para contestarme.

—Este negro, añallí sentándome á su lado, trae á usted noticias del ingenio *Fortuna*.

Casamayor se exteñeció.

—Además, agregué, sacando del bolsillo el papelito que había quitado al negro, trae esta correspondencia, que quiero conozca usted para que no ignore lo que le comunican los rebeles.

Y le leí el contenido, sin que él hiciera el menor movimiento, ni al saber que su hermano Gonzalo había muerto.

El laborante se había convertido en estatua de piedra; había visto la muerte y nada le importaba lo demás!

—Vamos, dije al jefe; haga usted que amarren á don Ruperto Casamayor y lévelo á la cárcel con la nega que dejamos encerrada en la despensa, pues será un te tigo muy importante. Uno de los agentes vendrá conmigo al Gobierno, conduciendo también amarrado, al negro José; debemos conferenciar con el Comandante general, que de seguro no se habrá acostado, y me esperará impaciente.

Mis órdenes se cumplieron al momento. Don Ruperto Casamayor se dejó amarrar sin hacer el más pequeño movimiento y salió de la casa sin decir una palabra.

Un cuarto de hora después, entraba yo en el despacho del brigadier gobernador, dejando al negro José en la ante-sala.

(Continuará)

JUAN SAN-TIERRA.



Los dos novios de Lucia de Lammermoor: ¡Como no habia la infeliz de volverse loca entre esos dos pretendientes!



Profecía para el año 1872.



EL AÑO NUEVO.

ISLA DE CUBA.—Bien venido, amiguito, vamos á ver si V. consigue desenterrar un conejo que tengo en el monte y que me estropea mis sembrados

EPÍSTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 21 DE DICIEMBRE.

Ya puedo morir satisfecho.

Ya los he visto, JUAN PALOMO; ya los he visto, en la plenitud de su gloria y de su fuerza.

Los he visto y no me he caído de espaldas; los he visto y todavía no me he muerto.

¿Y dicen luego que todo es caro en Nueva York?

¿Cuándo podía yo imaginar que tendría el privilegio de ver una exposición de comunistas sin pagar un centavo y sin más trabajo que salir a la calle y asegurarme los bolsillos?

Pues el domingo pasado tuve esa dicha: dicha que pocos de tus lectores habrán tenido la suerte de experimentar.

Sí, yo vi la procesión: vi a los comunistas, escapados de París y refugiados en esta tierra, vi a los internacionalistas, vi el catafalco donde estaba Rossel de cuerpo ausente, vi a las petroleras neoyorkinas y vi por último a los laborantes, codo con codo con sus hermanos y dignos modelos, los comunistas.

Todo esto vi de balde el domingo pasado.

Entre las petroleras iban Mrs. Woodhull y Miss Clafin, las dos hermanas internacionales, corredoras, libre-amadoras y otros excesos, y la última, para que no dijese que era un pendon, llevaba una bandera.

Esto era muy natural; porque esa joven está tan ocupada en negocios de corretaje y de amor libre, que bien necesita lavandera.

Los laborantes llevaban también un pendon que decía: *Rigodones del Camagüey*.Un amigo mío que también vió la procesión, me dijo después, que él había leído: *Lanceros del Camagüey*; pero como es algo corto de vista creo que no leyó bien el letrero.

¿Como habían de pasearse por Nueva York los lanceros del Camagüey?

No, no; *Rigodones* decía y lo sostengo.

¿Si no hay más que ver lo danzantes que son los emigrados para convencerse de que son Rigodones y no Lanceros?

Si los llaman lanceros porque se lanzan al baile con un valor increíble, ya es otra cosa; pero porque sepan manejar ó tirar la lanza... ¡como no sea la de un carro!

Cuatro trapos de Yara había en la procesión, sin contar a Aguilera, Ramon Céspedes, Ryan y Delmar, ex-director de la difunta República, que eran otros cuatro pendones.

Ryan iba en coche, porque él siempre ha sido un *arrastrao*, ni era justo que fuese a pie el general de los caballos mimbises.

Aguilera no podía con su alma y eso que el alma de Aguilera, por ser espíritu, no pesa dos adarmes.

Ramon, por ser regordete, según expresión del *Tribune*, es hombre de más peso que Aguilera, y al llegar a la mitad del curso el pobre hombre sudaba el quilo, pero él se consolaba pensando que cada gota de sudor que vertía servía de abono a la grande obra del comunismo.El caballero de la Triste Figura le decía *sotto voce*:

—Ramoncito, yo no puedo más: las piernas me flaquean: hace tres días que no he comido caliente.

Y el regordete escudero le exhortaba a tener fortaleza.

—Piense vuesa merced, le decía, en aquel día feliz en que todos los bienes serán comunes, y en que podrá vuesa merced entrar en la bodega de Delmónico y despacharse a su gusto. Piense vuesa merced en la libertad de Cuba.....

Y la sola mención de la Cuba y la idea de que podía llegar a ser libre, le daban a Aguilera nuevos bríos para soportar tanta fatiga, y sacando fuerzas de flaqueza y haciendo piernas de su misma debilidad pudo llegar al término de la procesión.

* *

Para verdades el tiempo; para mentiras el *Sun*.Y a la verdad poco tiempo se necesita para descubrir las mentiras del *Sun*.

El viernes pasado sin ir más lejos, nos encajó esa lumbrera del labo antis una relación que han hecho dos comisionados, parientes de Aguilera, acabados de llegar de la manigua.

Ya había tiempo que la República trán-fuga no nos enviaba comisionados: así es que la llegada de esos dos Aguilachos ha venido a interrumpir la monotonía en que había caído la vida laborante.

Tu creías tal vez que con las mentiras piramidales que emanaban los comisionados anteriores y las que añadió el *Sun* de su cosecha, se había agotado ya el repertorio fil-embustero de paparruchas; pues si tal crees te equivocas de medio a medio.

Lee esta última relación y verás como da quince y raya a las anteriores.

A mí no se me ha pasado aun el susto; porque has de saber que en Baracoa, en ese pequeño rincón de la Isla de Cuba, tengo yo varias personas queridas, amigos que aprecio de todo corazón, y como hace algún tiempo que no me escriben, figúrate el trastorno que recibí ya al leer en esa relación, que Máximo Gomez y su gente habían atacado la guarnición

de Baracoa, se habían apoderado del pueblo y lo habían saqueado y allí estaban aun a la fecha de salir los comisionados.

La estrategia de que se valió Gomez para burlar a las tropas españolas, su asalto de la población, etc. etc., todo estaba descrito con gran copia de pormenores y circunstanciados detalles.

Por fortuna hay aquí personas que están en relación constante con Baracoa y tienen con dicho pueblo un comercio reducido, pero muy activo, y como un loco salí a preguntar a esas personas lo que supiesen sobre el particular.

Mi alarma se trocó bien pronto en tranquilidad y mi susto en una tremenda carcajada al averiguar que Máximo Gomez se llamaba *Lúcas Gomez*.

* *

Que las mujeres hablen está muy puesto en razón, que ya es sabido que solo para hablar nacieron; pero que escriban, y que escriban como la prójima que ha escrito al *Tribune* una carta de dos columnas y media, es lo que no debiera tolerarse en un país civilizado.

Esa pájara se llama doña Lila Waring de Luaces, esposa de un doctor Luaces que no ha sabido ni siquiera curar a su mujer la enfermedad de la charlatanería; pues como dice Breton, por boca de don Martin:

"No lo tome usted a broma, eso es una enfermedad."

Esa Lila está atacada de ese mal y lo prueba la epístola ó revólver que ha dirigido al *Tribune*, en que nos dipara sin compasión un sin fin de cuentos que no son por cierto de color de rosa, si no de un color de *Lila* algo subido.

Si esta individuo se echase a escribir novelas, pronto eclipsaría a Ponson du Terrail y a los demás sectarios de la escuela terrorífica.

Me espanta la facilidad con que doña Lila asesina viejos, atraviesa mujeres con bayonetas, hace picadillo de criaturas recién-nacidas, mutila prisioneros, pasa revista a jóvenes desnudas y hace otras tunanterías por el estilo y luego se lo achaca todo a los voluntarios.

Vamos, es mucha Lila esa; mucha Lila!

* *

¿Y qué me dicen ustedes de las Hijas de... Cuba que se han plantado en Washington para ir a seducir al Presidente?

En la cuestión de Cuba... se entiende. No vayan ustedes a pensar otra cosa.

Las comisionadas fueron doña Ana P. de Mora, la señora de Agramonte, la madre de Quesada, y doña Emilia C. de Villaverde.

No podía faltar Emilia.

Y vea usted lo que son las cosas: la ponen la última los periódicos y yo apostaría a que de ella ha salido tan morrocotuda idea.

Hacia tanto tiempo que nadie se ocupaba de ella que se derretía por verse de nuevo en público.

Y se han ido a Washington a ver al gran Padre, como dicen los indios cuando van a visitar al Presidente.

Y los periódicos se han ocupado de ellas.

Y el telégrafo ha transmitido sus nombres a todos los ámbitos del país.

Y la noticia cruzará los mares.

Y la Europa se conmoverá.

Y en España habrá crisis ministerial.

Y bajarán los consolidados.

Y los nombres de esas cuatro suripantás pasarán a la posteridad *per omnia secula seculorum et in vitam eternam, amen*.

Y doña Emilia estará satisfecha, que es mucho su afán de ser mujer pública.

Zape! no es eso lo que quise decir, sino personaje público.

Es decir, personaja.

No; tampoco me suena bien la sonaja.

En fin, JUAN PALOMO, ya me entiendes.

* *

A ti, a todos los *Juanes* de la cocina y a todos los pario-quianos que catan tus guisos, desca feliz principio de año.

JOHN BULL.

DOS PALABRAS.

—¡Chist...! ¡chist...! Oiga usted, señor lector; escúcheme usted, amable lectora.

—¿Decía usted...?

—Decía que espero un favor de usted.

—¿Cuál?

—Que me conceda la gracia de oír dos palabras.

—¿Nada más que dos?

—Nada más. En ellas encierro mi pensamiento, con ellas digo cuanto decir quiero en esta ocasión, que no es poco aun que pocas lo sean.

Ya ven ustedes, con dos palabras, dichas de cierta manera, se puede decir mucho, y si me remontara por los viejecitos

de la historia para buscar ejemplos, probaría a ustedes de una manera matemática que no más de dos palabras trajeron el sitio de Troya, la invasión de los árabes en España, la guerra de las dos rosas en Inglaterra, la Saint-Barthelemy en Francia y en Cuba el rebuzno de Yara.

Sin contar con que dos palabras hicieron a Adán y Eva salir del Paraíso, a la mujer de Loth convertirse en estatua de sal, a la Internacional ser el coco de las gentes y a D. Miguel W. Enamorado fundar *El Pínel Habanero*, recreo de la generación presente y admiración y pasmo de las venideras.

Pero yo no quiero decir a ustedes palabras que sean tan trascendentales como lo fueron las que en primer término he citado, tan morrocotudas como lo son las últimas; mis dos palabras son más sencillas, más modestas, menos interesadas.

Mis dos palabras son exclusivamente utilitarias, casi casi personalísimas.

Ustedes saben que JUAN PALOMO es un periódico, que aunque me esté mal el decirlo, ha venido al teatro del mundo a desempeñar un papel principal, un papel tan importante como el del primer galán y el barba de carácter, más que el del galán joven y que el galán de media cañera.

JUAN PALOMO tiene a su cargo en la comedia de la Prensa habanera el carácter cómico; es, como si dijéramos, el gracioso obligado.

Yo no diré que su parte la desempeña a conciencia, porque eso sería meterme en honduras, y la república de ese nombre saben ustedes que en asuntos hondos se halla en punto de caramelo.

Ustedes se han anticipado a hacer esa declaración, trayendo sus apreciables nombres a honrar y engrosar la hoy numerosísima lista de suscritores.

Eso es lo principal y lo que responde a mis palabras.

Pues bien: JUAN PALOMO, que habla por su cuenta en el último rincón de este número, me encarga que recargue un poquito el cuadro de sus ofertas con DOS PALABRAS, que son las que quiero decir a ustedes.

Yo no hablo nada de las mejoras que este periódico va a introducir en sus columnas, ni de los trabajos retozones, alegres, semi-sérios y sentimentales que prepara, porque eso sería por un lado invadir el terreno del jefe de esta cocina y por otro quitar a la salsa el gusto de la novedad.

Sólo quiero demostrar que el lector de JUAN PALOMO está exento de nostalgia, fastidio, aburrimiento, displicencia, de *spleen* si es inglés, de *mélancolie* ó *mauvais humeur* si francés, &c., &c., y que basta echarse al colete un trago de lectura de la que se le ofrece por maestros, pinches y catasalsas de esta cocina, ó una ración de caricaturas de las que sueltan el tornillo de la risa en el hombre más sério y no la contienen en algunas horas.

Demostrado eso, que ya lo está, me parece que no habrá quien sea osado a dudar de la reconocida importancia, del valor, el mérito y hasta la necesidad del periódico, y por consiguiente, quien tenga conocimiento de este discurso, sin hallarme en la categoría de suscritor, que desatienda mis dos palabritas, con las que concluyo, pues me parece que va siendo hora de soltarlas.

Las dos consabidas palabras son éstas.

Atencion.

LEERLOS; SUSCRIBLOS.

Me parece que no se puede ser más lacónico dirigiéndose a los no suscritores ni lectores de JUAN PALOMO.

JUAN CENTEL LAS.

¡QUE TE VAYA EN POPA!

A las doce de la noche,
y sin hacer ruido alguno,
se marcha el *setenta y uno*,
ignoro si a pie ó si en coche.Nada tiene que hacer ya,
termina su misión,
y sin más explicación
por donde vino se vá.Nuevo llegó y se vá viejo;
¡cómo ha de ser! vaya en gracia!
Ha tenido la desgracia
de estar mal con su pellejo.Pues tantísima madeja
enredó con torpe mano,
y tanto tragó, inhumano,
que tronó como arpa vieja.
¡Vaya con Dios! y si el oleo
alcanza y contrito muere,
Dios le perdone, si quiere,
el abuso del petróleo.Aunque el Monti-Cenis dejó
abierto, se porió mal,
pues pudo abrir en canal
a Aguilera, y no lo abrió.

Que si partir rocas era lo que se propuso, al fin, adosado por adosado, pudo partir á Aguilera.

Mas dejó que se escapase y á Nueva York lo llevó, y quizá le aconsejó, también, que se emborrachase.

Seguiremos las hazañas de este mozo refiriendo; pero siempre agradeciendo vórnos libres de sus mañas.

En París armó un tiberio, y si se descuida un poco, aquel populacho loco incendia hasta el sol, muy sério.

De Céspedes la mujer de una vez parió dos chicos, y unos doscientos borricos vino Quesada á traer.

De modo que á los residuos de la insurrección artera les llevó de esta manera doscientos dos individuos.

Víctor Manuel entró en Roma muy á disgusto del Papa: Que haga un sayo de su capa y con su pan se lo coma.

Allá en Melilla un gaudul les armó á los agarenos de un cañon, ni más ni menos que el señor de Barba-Azul.

De las faldas á través y con piruetas eternas, en Albisu vimos piernas traducidas del francés.

Con música de Offenbach se ha bailado, pero en gordo, y á alguno dejaron sordo los aplausos de la *clac*.

Mas si de Albisu el objeto era ganar la partida, que estaba comprometida, con las piernas de la Huetó;

En Tacon, que de Ronconi al arte dan preferencia, sacaron en competencia las piernas de Pietriboni.

No sé quién podrá ganar: si hay á lo gordo abonados, también hay aficionados á las cañas de pescar.

Muy bella y muy buena moza se marchó, según oí, allá á las costas de Haití la fragata *Zaragoza*.

De ese viaje yo me alegro, pues allí, si he de ser franco, hay quien le sirva de blanco: si no de blanco, de negro.

Y nada más nos dejó, digno de que su memoria escrita quede en la historia, el año que trascurrió.

Y si nos halló escamados, porque la cosa lo vale, en el momento que sale nos deja petrificados.

Y al de pedirle la tropa ensálcele; que yo atento, con decirle me contento: "¡Agur, que te vaya en popa!"

JUAN DE LAS VIÑAS.

CARTAS TEATRALES.

AVI.

D. JUAN ELO.—MADRID.—Ya sabes que una de las obras maestras de Tamberlick es el *Otello*. Su génio dramático ha encontrado siempre ancho campo donde lucir en el personaje vigorosamente delineado por Shakspeare. Como no, si las creaciones del gran poeta inglés y la música inmortal de Rossini parecen unirse, para proporcionar espacio donde desarrollarse, al vasto talento del eminente artista!

Y eso que *Otello*, convertido en ópera pierde mucho de su interés dramático, pues, ó yo me equivoco grandemente, ó el arreglador del libreto no ha estado muy feliz en su trabajo. Allí nos presenta á *Otello*, siempre furioso, nunca enamorado, con ese amor impetuoso del africano, que tanto resalta en el original de Shakspeare. ¿En qué se conoce que ama frenéticamente á Desdemona? ¿en qué la mata? No puede ser en otra cosa.

La obra, aún así y todo, tiene situaciones dramáticas, porque no puede menos de ser así, por mucho que se quiera desfigurar el original; pero podía tener más y mejores, preparando convenientemente el horrible desenlace, que sería así de mayor efecto.

La *partitura*, en cambio, es digna de la fama del gran Rossini. Aquella música llena de adornos y *festones*, que la hacen muy difícil, tan original, tan valiente; aquella instrumentación modelo, que hace que se divida la atención del espectador entre las notas de los cantantes y los acordes de la orquesta, me encantan.

Para mi gusto—pues ten entendido que siempre hablo por cuenta propia y sin pretensiones de hacer valer mi opinión—para mi gusto, lo mejor de la ópera es el segundo acto, y de ese, el dúo de *Otello* y *Yago*. No tengo necesidad de decirte á que altura rayó Tamberlick en él: es una pieza de su gusto, y con eso está dicho si sacará partido de ella. Pero si quiero consignar el mérito que en la misma demostró el barítono Sparapani, jóven de gran porvenir, que cada día se atrae más el aprecio del público.

Cantó y declamó admirablemente su parte, dejando comprender en su gesto y en su actitud la intriga que en aquel momento está fraguando; intriga que ha de dar por resultado la catástrofe final.

En esta luce todo su génio Tamberlick, siendo notable la manera como dice el recitado con que empieza la escena.

También la Reboux se hace notar en ella, así como en otros parajes de la obra, que se adapta perfectamente á sus facultades dramáticas. El público le hizo justicia aplaudiéndola y llamándola á la escena al terminar el segundo acto, y al final de la ópera con Tamberlick.

Después de la obra de Rossini, única novedad de la semana, se ha repetido la *Lucía*, con alguna modificación. Como el tenor que la cantó la primera vez está *indispuesto*... con el público, se encargó Tamberlick del interesante papel de Edgardo.

Así dispuesto el reparto, la segunda representación de *Lucía* fué un verdadero acontecimiento musical. La ópera se cantó aquella noche como pocas veces podrá oírse. No es posible decir mejor que Tamberlick lo hace el rondó final; no cabe más sentimiento: cada nota es un gemido, cada frase una historia de dolor y de lágrimas. Créeme, de todos los ojos las arrancó el gran tenor con el *¡Bella alma enamorata!*

La Dalti rayó á mayor altura que la primera vez, y ya te dije hasta donde se elevó entonces su talento.

Los dos artistas fueron objeto de una entusiasta ovación.

Las llamadas á la escena llegaron á un número considerable y los aplausos no cesaron en toda la noche.

Creo que *Lucía* ha de ser la obra magistral de la temporada.

Ahora está en ensayo *La Favorita*: tan buen éxito como á su hermana *Lucía* le desea tu apasionado

JUAN PARTICULAR.

SARTENAZOS.

Dicen que se ha celebrado la inauguración del ferro-carril Central, en el trayecto comprendido entre Mordazo y Santo Domingo.

En todas partes del mundo, cuando tiene lugar un hecho de tanta importancia, se invita á la prensa en general, porque el suceso bien merece la publicidad y nadie debe estar más interesado en que la tenga, que la misma empresa.

La del ferro-carril Central, ó la Comision que dispuso la fiesta, se olvidó de que hay un periódico que se llama JUAN PALOMO, único hasta ahora en la Isla, que teniendo parte ilustrada, podía dar alguna ó algunas vistas del acto.

O si no fué *olvido*, sería que se deseaba hacer la inauguración con *toda reserva* para evitar los compromisos. No es el afán de asistir á un banquete lo que nos incita á que hablemos: para acudir á la inauguración hubiéramos tenido que hacer un verdadero sacrificio abandonando á nuestras familias en los días de Pascua.—Trátase únicamente de hacer ver porque no hemos podido llenar nuestros deberes de periodistas, que tienen la obligación de dar cuenta de todo lo notable que ocurra.

Varias corporaciones se encuentran en el mismo caso que JUAN PALOMO.

Otra vez será, señores; no es posible estar en todo.

Me confundo!

En un teatro cualquiera se pone en escena una comedia y como tenga un chiste un poco libre gritan todos los varones honestos:

—Inmoral! las hijas de familia no deben ver estas cosas! ¡que autores!

Pero se presentan los Hanlon (y quien dice los Hanlon dice cualquier otros) á hacer sus ejercicios y con sus trajes de punto lucen mas que... hasta allí!

Y entónces á las hijas de familia no les sucede nada.

¿Ha visto V. que rareza?

Ayúdeme V. á discurrir.

HECHOS Y DICHOS CELEBRES.

—El cardenal Richelieu descansaba de sus trabajos políticos con grandes ejercicios corporales. El conde de Grammont le encontró un día dando grandes saltos con uno de sus criados para ver quien llegaba más alto.

—Un general ruso escribió á los bomberos de San Petersburgo la órden siguiente:

“Los bomberos cuidarán de tener las bombas en el mejor estado, especialmente en el día de la víspera de algun incendio.

—Miguel Aldama, lo primero que hace despues de comer es la digestion.

—Salvator Rosa, representaba á menudo comedias improvisadas, en las cuales hacia casi siempre el papel de gracioso, viéndosele á veces recorrer en este traje las calles de Roma.

—Los negros minstrels (los del teatro de Albisu) cuando oman el café, se limpian en seguida los lábios con la manga de la chaqueta.

—El niño Boby, despues de hacer el *vuelo de las nubes*, no da una onza prestada aunque se la pida su abuelo. ¡Será manía!

—El célebre Espinosa, de origen español, gozaba viendo combatir á las arañas.

—Ticho-Brahe se distraía puliendo cristales de anteojos.

—Cárlos Manuel de Céspedes siempre que se presentaba alguno á cobrarle una deuda, se rascaba detrás de la oreja. Dicen que tiene una llaga muy profunda en ese sitio de tanto rascarse.

—Observe V., me decía la otra noche un individuo, que en medio del verdadero entusiasmo que despierta la Dalti, no se ven caer á sus piés lluvias de flores, y luego una mediania cualquiera las obtiene á espuestas.

—Eso es porque las *medianias* para hacerse notables, compran las flores y se *ovacionan* á sí mismas.

¿He dicho algo?

El *Herald* cree que Grant tendrá segura su reelección si de golpe y porrazo anexionase á los Estados Unidos, Mejico y Cuba.

La cosa es facilísima y poca gana tendrá ese caballero de ser Presidente si no la lleva á cabo.

¡Que diantre, pecho al agua!

Si dijieran que para obtener el triunfo era preciso cortar los escandalosos desfalcos del condado de Nueva-York y meter en la cárcel á los ladrones, ya tenia la cuestion mas perentorias y era cosa de tentarse la ropa ántes de pensarlo; pero lo otro.....!

Hemos recibido el prospecto del nuevo periódico *La España*.

Saludamos al colega deseándole prosperidad.

Autor que escribe un mal drama—que se debiera silbar,—y luego escribe otros muchos,—detestables á cual más,—aunque se los representen,—aunque le aplauda la *claque*,—aunque fecundo le llamen,—es una calamidad.

Inés, que llegó á los treinta,—y no se llegó á casar,—aunque tuvo relaciones—de amor con su primo Blas,—con un amigo del primo,—con un huésped militar—y con un viudo archi-cuco,—es una calamidad.

Tía que lleva á paseo—cinco sobrinas no más,—y son las cinco tan feas—como un pecado mortal,—como no las metálice,—bien se puede asegurar—que en cada sobrina tiene—una gran calamidad.

Rita, que á Roque entretiene,—y á Gil esperanzas dá,—y coquetea con Pedro—y no desaira á Damian,—y luego con sus amigas—habla de las cuatro mal,—aunque es por extremo hermosa,—es una calamidad.

Hipócrita que predica—austera moralidad,—teniendo en su vida manchas—que no se pueden borrar,—y procura, impenitente,—corregir á los demás—de los vicios que le afean,—es una calamidad.

Mujer que se casa, sólo—para tener libertad,—y á su buen esposo impone—un sistema conyugal,—en el cual él es un cero,—y ella todo lo demás —aunque parezca un arcángel—es una calamidad.

Tenemos muy interesantes pormenores de la visita que doña Emilia Casanova ha hecho al Presidente de los Estados Unidos. El domingo que viene los publicaremos en prosa y verso.

Hoy sólo dirémos que Mr. Grant se empeñó en que bailara.

—Qué *velgüensa!* qué *velgüensa!* exclamó la comisionada; no puedo complacerlo, porque con la precipitación del viaje me dejó olvidadas las pantorrillas.

Nuestro compañero y amigo Mariano Ramiro nos ha remitido un ejemplar de su nuevo libro *¡Alza, pilili!* colección de artículos de costumbres, humorísticos y mal humorados, y poesías entreveradas. Lo que nosotros nos reservamos de decir acerca de la obra en cuestión, lo dirán los que conozcan lo que en materia de gracia y chiste puede hacer el amigo Ramiro. Por ahora, aplazando para otro número un juicio crítico, le damos gracias por su acuerdo y recomendamos que se compre ese libro, que se halla de venta en *La Propaganda Literaria*, O'Reilly, 54, á peso el ejemplar.

Dice un telegrama de París:

“La entrada de los príncipes de Orleans en la Asamblea, anoche, no ha sido señalada por ningún incidente especial.” ¡Cáscaras! pues qué había de ocurrir? ¿Se había de presentar un cometa ó tendría que haber algún terremoto?

Me parece que no era cosa de eso!

CHARADA.

Soy oriundo de la Arabia,
pero no soy musulmán,
y aunque tengo cuerpo y alma,
tampoco soy animal.

Mi primera es un artículo,
es mi cuarta conjunción,
y mi segunda y tercera
sirvió para nutrición.

El todo, ya lo estás viendo,
es fácil de adivinar;
no es médico, ni abogado,
y los sueles consultar.

JHON BULL.

—¡Doña Torcuata! Doña Torcuata!

—¿Qué hay, don Celedonio?

—A ver si usted, que es tan *leída* y *escibida*, me saca de una duda. *Chinche*, ¿es masculino ó femenino?

—Creo que es femenino.

—Lo había sospechado.

—¿Por qué?

—Porque se parecen tanto á mi mujer, que no me dejan en paz ni un momento.

—Compre usted los polvos del *sterminio*.

—¿Para mi mujer?

—Nó, hombre, para las chinches.

La acreditada galería fotográfica de Cohner acaba de hacer un magnífico cuadro, en el que figura toda la oficialidad del Quinto Batallón de Voluntarios y con el cual esta obsequia á su coronel.

El trabajo de Cohner es perfecto y notable, como todo lo que sale de sus aparatos, y digno, por todos conceptos, de la justa fama de que goza el establecimiento, cuyo orden y administración está á cargo del señor Suarez, hoy socio de la casa.

Se acaba de publicar en París un libro titulado *La República de color de rosa*, que contiene un modelo de constitución curiosísimo. Por la brevedad no lo reproducimos todo, pero allá van sus artículos más notables:

“5º El Gobierno se compone de dos poderes, elegidos cada seis meses.

El poder legislativo lo ejercerán cuarenta ciudadanos de 30 á 50 años de edad, elegidos por todas las mujeres de la República.

El poder ejecutivo lo ejercerá un anciano, asesorado por seis consejeros elegidos por todos los hombres.

Art. 6º Todos los cargos son lucrativos para el Estado; así, por ejemplo, cada diputado dará al Tesoro 15,000 francos anuales, 30,000 los ministros y 20,000 los generales.

Las cárceles serán unas preciosas casas blancas, rodeadas de flores, donde los presos tendrán toda clase de juegos no prohibidos y tendrán conciertos vocales é instrumentales para distraerse.”

Falta añadir que á los casados se les servirá todas las mañanas café con leche.

Pero eso de dar los diputados dinero al Tesoro! Vamos, la *República de color de rosa* es, ni más ni menos, una cosa sin sentido común.

Sí, sí, bonitos se van á poner con ella los políticos de hoy día!

Ya lo sabíamos, pero ahora viene ampliada la noticia.

S. M. el rey de España se manifestó ante el Consejo de Ministros decidido á venir á Cuba, indicando además que estaba pronto á gastar toda su fortuna particular para atender á los gastos de la guerra contra enemigos de la patria.

¡Viva el rey!

Después de estos arranques patrióticos, el famoso mensaje del día de Santa Bárbara me hace cantar:

“Usted no sirve
pa enamorar:
usted no es ná,
usted no es chicha
ni limoná.”

La junta municipal de Guáimaro ha pedido al gobierno que conceda la cruz de Beneficencia al inteligente y distinguido médico don Enrique Hortsman, por la asistencia gratuita que está prestando al vecindario y sus servicios en campaña como facultativo del ejército.

JUAN PALOMO se complace en publicar este hecho, tanto más, cuanto que el señor Hotsman es uno de sus más ilustrados colaboradores.

—Dice usted que Tamberlick fué el primero que dió el do de pecho?

—Sí señor.

—No puede ser. Hace muchos siglos que ya se daba.

—Hombre!

—Vamos á ver; en qué época pasa la acción del *Trovador*?

—En el siglo diez y seis.

—Pues ahí lo tiene usted: en el siglo diez y seis ya se estaba eso, y mire usted como Manrique, cada vez que se casaba, tenía costumbre de darlo.

Tres mil presentados firman una exposición que dirigen al rey desde Puerto-Príncipe.

¡Tres mil!

Número fatal para los simpatizadores emigrados.

¡Tres mil que juran sumisión á España y á su Gobierno!

Y después de esto, *La Revolución* querrá hacernos creer que todavía conserva ilusiones...!

Serán ilusiones en *conserva*!

En el Japon (y perdonen ustedes el consonante en *on*) ha habido una revolución tranquila y sin excesos.

¿Quién les mete á los japoneses en tales trapisondas, propias tan sólo de los pueblos muy civilizados?

¿Cómo han de saber ellos hacer revoluciones al uso del día?

Vamos á ver; á que no se les ha ocurrido quemar un mal palacio ni media docena de casas?

Está claro! son revolucionarios *cursis*!

La vez primera que te hablé de amores,
altiva desdenaste mi pasión;
creció mi amor con tu desden, y el alma
herida me dejó.

Nos quisimos después, y una mañana
que hablabas de tu amor con interés,
me pediste, sonriéndote, una onza;
y entonces te dejé.

Si al fin vuelves á amarme, el alma mía
hiere con tus desdenes más y más;
dinero no me pidas, porque entonces....
te volveré á dejar.

ARTURO PANIAGUA.

El príncipe de Gales ya está mejor. ¡Loado sea Dios!

Es decir, que como hombre ha pasado el peligro de la enfermedad, pero como príncipe se encuentra grave.

Porque el bueno de don Alberto es poco popular en Inglaterra.

En su infancia y en su adolescencia lo fué, pues su arrogante figura, en aquellos tiempos en que aparecía á los ojos del pueblo inglés vestido de marinero, lisonjeaba los gustos plásticos de aquella sociedad, admiradora de las buenas formas. Cierta bofetón aplicado por su augusta madre en pleno *Palacio de Cristal*, cuando visitando la Exposición, el joven príncipe se creyó autorizado á manosear un objeto de arte, contribuyó á ganarle las simpatías de los rudos bretones, que practican la máxima de: “Quién bien te quiera te hará llorar.”

Pero el marinero se mareó, dedicándose á navegar por los restaurantes, bastidores y gabinetes perfumados de París.

Y está haciendo agua. Por eso digo que se encuentra malito, muy malito!

PUNTO Y... APARTE.

Llegamos al fin de la segunda jornada; es decir, que hoy, con la ayuda de Dios y el permiso de ustedes, amables suscritores, termina el segundo tomo de JUAN PALOMO.

Dos años y un pico hace que estamos en estrechas relaciones, el señor público—muy respetable señor nuestro—y estos caballeros particulares que semanalmente lucen el garbo en las columnas del periódico. De manera que ya tenemos tiempo de conocernos mutuamente.

Nosotros conocemos cuánta es la bondad del público y nos reconocemos agradecidos á sus favores y al creciente apoyo que nos ha dispensado.

A fuer de leales, y en prenda de gratitud, procuraremos mejorar de día en día las condiciones de esta publicación, empezando, desde luego, por presentar algunas novedades desde el primer número del año próximo. Así, rendiremos culto á la máxima vulgar de: *Año nuevo, vida nueva*.

Entremos en explicaciones.

Con uno de los próximos números repartiremos el índice y cubierta de este tomo, á fin de que pueda encuadernarse.

Para complacer á las muchas personas que lo han solicitado y que encuentran un placer descifrando enigmas, publicaremos en la última plana de todos los números geroglíficos, alternando estos con grabados de rechupete, con lo cual se aumenta la parte ilustrada, que tanto llama la atención.

Estamos en tratos con dos notables escritores para que nos remitan correspondencias de Madrid y Nueva Orleans, redactadas en estilo conmovedor, sublime y morrocotudo.

Al tan celebrado cuento de manigua *Las dos barajas*, que terminará en uno de los próximos números, seguirá otro del mismo género, del mismo autor, que llamará poderosamente la atención pública.

A todos los suscritores, sin distinción de tamaños, sexos, edades, ni condiciones, se les hará un regalo—¡aquí viene la gorda!—cada tres meses, consistente en un libro nuevo y de mérito, ó en una lámina de mistó, ó en una vista, plano, retrato, etcétera, etcétera; en fin, una cosa de actualidad.

Los que sean suscritores el 31 de este mes tienen derecho al *Almanaque para 1872*, que se repartirá á fines del mes de Enero. Los que entren de nuevo en la suscripción, para tener derecho á él, habrán de satisfacer, lo ménos, seis meses adelantados, y si se suscriben por un año, recibirán el *Almanaque* y el tomo primero de la *Floresta Hispano-Americana*, correspondientes á 1869.

Los suscritores antiguos que renueven y paguen al contado el importe de todo el año 1872, además del obsequio trimestral y el Almanaque, le regalaremos UNA, á elegir, de las seis obras siguientes, todas de materia ó asunto de interés y de autores célebres:

—CINCO SEMANAS EN GLOBO, viajes y descubrimientos en Africa por tres ingleses, redactados según las notas del doctor Fergusson y traducidos al español por D. F. N.

—LA MEJOR VICTORIA, leyenda de unas montañas, por J. Karanach, traducida del inglés por Calderon de la Barca, ministro que fué de Estado.

—CONSEJOS A LAS MADRES sobre el modo de criar á los niños, escritos en francés por el célebre doctor Mr. Donné, traducidos de la 5ª edición por don José Alonso y Rodríguez.

—LA PIEDRA FILOSOFAL, historia de un doctor que ha resuelto el problema de vivir sin comer, por J. Obelman (Julio Nombela).

—UN HABITANTE DEL PLANETA MARTE, cartas sobre cuestiones filosóficas y científicas muy controvertidas en la actualidad, por Enrique de Parville, traducción de F. N.

—LA SOMBRA DEL GATO Y LA NOVIA DE LA FANTASMA, dos novelitas interesantes del célebre don Manuel Fernandez y Gonzalez.

Las ediciones de todas estas obras son modernas; contiene cada una de 250 á 300 páginas, en 4º menor, en buen papel y esmerada impresión.

De *contra*, y como aguinaldo, repartimos con este número los brillantes *Discursos* pronunciados por el inolvidable ministro Ayala, sobre las cuestiones de Ultramar; cuaderno que deben conservar como oro en paño todos los leales españoles de las Antillas.

Ahora juzguen ustedes, mediten y se convencerán de que con las *primas* que reciben los suscritores, viene á salir casi de VALDE un periódico como JUAN PALOMO.

Y no digo más: caballeros, hasta el año que viene!

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria.”